

Por el palacio dorado
silencioso cual la tumba
solo en mis oídos zumba
el céfiro perfumado.

O de la fuente el murmullo
en gruta ó cuadro florido,
ó de tórtola el gemido,
ó de palomo el arrullo.

O las Náyades nadando
sobre estanque de cristales
con sus voces celestiales
los triunfos de amor cantando.

O en sombríos hosquecillos
las ninfas de los verjeles,
bajo de verdes doseles
danzar con los pastorcillos.

Y en un silencio profundo
el alcázar recorriera,
que triste ejemplo efreciera
de las grandezas del mundo.

Y toque la realidad
y la ficción se volara,
y lo que admiré olvidara,
que es muy clara la verdad.

Que todo en la vida es sueño
de nuestra esperanza vana,
que junto á una flor lozana
creciera mortal beleño.

Y desierto hallé el palacio
y desierto el corazón,
que antes lleno de ilusión
estrecho creyó su espacio.

Y los Reyes, las sultanas,
los árabes, los cristianos
caballeros castellanos
y moras las mas galanas.

Y las justas y torneos
donde el valor se luciera
y la belleza vistiera
de sus lujosos arreos.

ANA MARIA VENEÑA.

(Se Continuará.)

LOS CELOS DE UNA REINA y el amor de una mujer.

CAPITULO II.

*De lo indispensable que es decir algunas cosas
que atañen á la historia.*

Antes de proseguir como creemos que nos compete en nuestra misión de novelista nos ha parecido muy oportuno, y no sabemos si á nuestros lectores les parecerá también, dar algunas ideas de la situación en que dejamos á nuestros personajes; mas como necesitamos para esto, abrir el libro de la historia y leer en una de sus páginas, vamos ha hacerlo ligera y débilmente, porque nuestras fuerzas no pueden extenderse en uno de los sucesos que mas atención ha merecido de nuestros inteligentes cronistas.

Empero de esto, partimos á tomar la narración bastante adelantada, para que podamos sondear un poco mas en el corazón de nuestros personajes; cada cual dominado por sentimientos distintos, y pasiones borrascosas.

Era el caso, si hemos de dar fe á nuestros historiadores y analistas, que D. Alvaro de Luna, privado de nuestro señor Rey D. Juan el II, habiendo tomado las riendas del poder y elevándose á guisa de gigante sobre el trono castellano, vino á dominar con tan feliz arte el ánimo del débil monarca, que bien pronto se formó en torno suyo, un ejército de enemigos y malcontentos.

Era indispensable que así fuese porque el Maestre de Santiago, ó bien sea el mencionado D. Alvaro, no dejó piedra del edificio del estado que no removiese, no dejó un cimiento que no escavase y como quiera que no hubo dama que por su gallardía y continente no suspirara rendida de amor, así fué cierto que raros fueron los hombres que lo quisiesen bien.

Todos estos ingredientes unidos simpáticamente, fueron preparando el primer combustible que debía estallar.

El hermano del rey de Aragón levantó la bandera, donde bien pronto se unieron todos